

# Modelo Económico, Sustentabilidad y Consumo: Nosotros y La Economía

Juan Escobar<sup>1</sup>

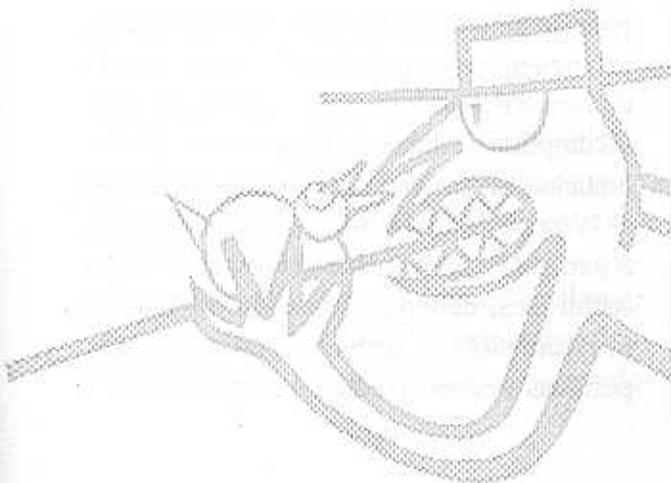
El siglo XX ha sido el campo de una batalla que en apariencia viene ganando la Economía. Vivimos un tiempo en el que la economía marca el ritmo de los acontecimientos. Nuestra vida se desenvuelve en un contexto -¿una época?- donde la Economía lo tiñe todo. Incluso nuestra vida cotidiana se encuentra contaminada por su lenguaje, ésta como marco cultural hegemónico invade y contamina nuestra existencia. La economía - en su versión ortodoxa, oficial, la que reproducen los organismos financieros internacionales y se traduce en las recetas con las que condicionan a los gobiernos - ha sido transformada en verdad revelada y en ideología de sustentación del statu quo. La Economía: el tema económico, el problema económico, la cuestión económica, las variables económicas, lo económicamente correcto (lo que hay que hacer), o bien lo que desde una perspectiva apocalíptica se ha dado en llamar el horror económico, la dictadura económica, en definitiva: el reino de las cantidades.

La economía oficial y su discurso hegemónico, los economistas ortodoxos a través de los cuales habla la economía, el sistema financiero, sus funcionarios, son una realidad. Existen. Están entre nosotros. Podría decirse que configuran un saber hegemónico que cuenta con un aparato persuasivo y coercitivo donde desarrollan sus capacidades muchas de las personas consideradas más eficaces, de acuerdo a los cánones vigentes. La única realidad -el único aspecto relevante- insisten, es la Economía.

En torno de la economía se congregan los intermediarios de un saber revelado. Todos ellos presentan a la economía como el ámbito de la salvación. En esto no se diferencia del lenguaje de la fe, que promete la salvación por la trascendencia. O de los grandes relatos ideológicos, que prometían la salvación en la libertad o en la sociedad sin clases.

Es muy común la aparición periódica de nuevos «gurús» y futurólogos que predicen -¿o contribuyen a diseñar?- distintos

<sup>1</sup> DIRECTOR DE IESIC, INSTITUTO DE ESTUDIOS SOCIALES SOBRE LA INCIDENCIA DEL CONSUMO, BUENOS AIRES, ARGENTINA. BECARO PRODES ARGENTINA, GENERACIÓN 2000-2001.



escenarios futuros donde tendrá lugar la eterna lucha por el enriquecimiento material. La realidad -la vida- nos dicen, se ha despojado de las máscaras que nos daban una visión distorsionada de las cosas. Podría decirse que nos encontramos frente a un nuevo pensamiento mágico, sacralizado por su propio poder, al tiempo que se enmascara tras la fachada de una racionalidad con vocación hegemónica. Y desde allí irrada su influencia, su escala de valores, y sus prioridades al resto de la humanidad.

Las manifestaciones de ese pensamiento único no cesan de proliferar: allí donde posamos la vista nos encontramos con la realidad reducida a su aspecto cuantificable, su funcionalidad *económica*, o -en flagrante contraste- el desierto semántico, la ausencia de sentido, la exclusión del juego. Lo cierto, en todo caso, es que nos referimos a un pensamiento sistematizado sobre bases que perviven desde su época clásica, con la fuerza de las supersticiones.

Reconocemos, sin embargo, el carácter global de esta perspectiva en el estado actual de las cosas. En esa atmósfera de alienación se desenvuelven nuestras vidas. Nos encontramos frente a una realidad alterada, devenida otra. Nos encontramos en tiempos de incertidumbre donde las soluciones a problemas acuciantes parecen no encontrar respuestas válidas para las mayorías.

Vivimos una realidad donde el deterioro de las condiciones de vida de la población -considerada en conjunto- se presenta como un proceso continuo e inexorable. Reduccionismo economicista. Hegemonía de un criterio que procura subsumir todos

los saberes. La subordinación al economicismo, la reducción de la vida a un conjunto de variables económicas, su descripción excluyente de todo lenguaje que no sea el económico, configuran los límites conceptuales donde no habría solución posible fuera de las reglas establecidas, lo que cierra el debate a todo aquello que no se encuentre inscripto en la economía como ideología dominante. El único poder real, en este panorama de ruinas conceptuales, sería entonces, finalmente, el poder económico.

El chantaje que ejerce esa Economía sobre la sociedad, amenaza con arrastrar la viabilidad del conjunto, si no se le permite devorar lo que queda del tejido social. A menos que se acepte al Mercado -donde las únicas relaciones son las comerciales- que marque su territorio de manera expansiva hasta convertirse en un fenómeno omnipresente, cuyo espacio de acción se confunde con la toda la geografía del mundo real, ese que habitan -entre otras- las poblaciones humanas.

Con la bandera de la libertad contra toda intervención del Estado en la economía, se perpetró un sistema donde es ésta la que interviene en cada uno de los aspectos de nuestra vida. Las decisiones políticas, que podrían sino revertirlo al menos atenuarlo, se encuentran condicionadas por la mano de hierro del poder económico. La función incumplida de nuestras instituciones democráticas de cara a nuestras sociedades de hoy es la reconstrucción del tejido comunitario, a partir de canalizar los diversos intereses sectoriales, dándole expresión orgánica y proyectándola al ámbito de las decisiones políticas y económicas del conjunto.

Nuestro presente, sin embargo, se puede llegar a comprender en gran medida si nos abstraemos de esa historia política para centrarnos en una historia económica que se inicia con la Primera Revolución Industrial inglesa. Porque esta situación debe inscribirse necesariamente en el contexto global de la evolución económica en sus tendencias dominantes que ha llevado a la integración planetaria en un sistema con pretensiones universales. El gran cambio que se cernía sobre el mundo, consistiría en que mientras con anterioridad a la aparición de lo que suele llamarse capitalismo era el poder el que definía la riqueza, en adelante, sería la riqueza la que definiría el poder y el industrialismo fue el motor que se encargó de acelerar el proceso.

La hegemonía de lo económico -en detrimento de lo político y lo social- hace que nuestro presente no se deduzca necesariamente de la historia política que nos situaba como continuidad y consecuencia de la Modernidad que surge con la Revolución Francesa -con su elenco de ideologías e instituciones, unas decretadas como muertas y otras vaciadas casi por completo de eficacia- sino más bien, de una historia hecha de acontecimientos económicos cuyo inicio podríamos situar arbitrariamente en lo que se ha dado en llamar la Revolución Industrial.

Desde entonces hasta hoy se ha establecido paulatinamente toda una estructura conceptual de lo económicamente correcto, que ha llegado a regir la vida de las poblaciones humanas por encima de cualquier criterio alternativo. El Mercado -cuyo funcionamiento es configurado y orientado

fundamentalmente por corporaciones empresarias de carácter transnacional- se ha convertido en el modelo hegemónico de contexto social, lo que ha sido posible sólo a través de la desarticulación sistemática del Estado Nación en cuanto expresión de soberanía dentro de los límites políticos de un territorio.

La reificación del Mercado como asignador exclusivo de los recursos disponibles abrió una instancia de concentración acelerada que demostró la falacia de la teoría del derrame neoliberal: su dinámica de distribución se ha mostrado eficiente sólo en cuanto a la generación continua de exclusión social.

No es de extrañarse, sin embargo, porque esa ha sido la vocación manifiesta de la economía política como ideología desde que, en sus orígenes, Adam Smith anudó su destino al devenir de la revolución industrial, o para ser más precisos, a los intereses del sistema de producción industrial, por entonces en pugna con la hegemonía del mercantilismo de su época. Con el tiempo, los tiempos signados como post-industriales constituirían la venganza del relevado, que reencarnaría en el hipermercantilismo de las marcas y corporaciones transnacionales que vivimos en la actualidad.

Aunque, si nos extrañamos ante el panorama conceptual -las verdaderas reglas de juego donde nos vemos obligados a jugar o desaparecer- que se nos ofrece, es posible que se deba a la manera que tenemos de concebir el recorrido histórico que nos estableció en este presente.

Estamos acostumbrados a ver el desarrollo de la *modernidad* en la que se insertan las raíces de nuestras instituciones políticas, como la secuencia que se inicia con la Revolución Francesa, a partir de la cual se desprende la trayectoria de la democracia occidental moderna.

Una genealogía que hace crisis, junto con sus *grandes relatos*, en un punto de incertidumbre que daría paso a una nueva era, aunque todavía en gran medida virtual y estética que pasó a llamarse en un alarde de imaginación con el nombre de *postmodernidad*.

Una posible visión exterior a la economía podría basarse en cierta actitud de poner en cuestión el conjunto de leyes que, como verdades reveladas, constituyen la estructura que brinda solidez y coherencia a la llamada economía política, para contrastarlos con los efectos visibles que opera en la conformación y dinámica de las poblaciones humanas. Una acción que puede ser asequible a los simples mortales: juzgar a la economía por sus consecuencias más evidentes.

Esto puede permitirnos distinguir las costuras y el revés de la trama del escenario diseñado y sostenido por la economía como ideología, en cuanto columna vertebral del pensamiento único, ese que establece los estrictos márgenes de lo *políticamente correcto* y, por ende, sus manifestaciones económicas con incidencia directa en la vida de las gentes. Lo que es decir su *Modelo*, en la práctica.

Este modelo que ató nuestros destinos a una visión economicista, que pretende reducir a cifras -con la lógica del cajero- todas las variables relevantes de la realidad.

Como una suerte de agujero negro que tiende a absorberlo todo hacia el interior de su lógica, (como *El zapallo que se hizo cosmos*, de Macedonio Fernández), la economía establece la cuadrícula en la que la realidad se encuentra apresada en un lecho de Procusto -que tracciona o mutila el cuerpo social para adecuarlo a la medida de las reglas de juego impuestas por la lógica de los mercados y sus criterios contables de eficiencia- e intenta amoldarse a él como a una plantilla que opera como un panal que se expande en todos los sentidos, reproduciendo su estructura fractal, con una tendencia a ocupar todo el lugar disponible, sirviéndose de las estructuras políticas y militares para avanzar sobre nuevos espacios geográficos y para constituir cada grupo humano en un mercado.

### **Economía, Consumo y Necesidades Sociales**

La satisfacción de necesidades sociales, en este contexto, se configura crecientemente dentro de lo que se conoce como consumo, es decir, en el interior de una compleja trama de relaciones signadas por la transacción comercial, donde el acceso se define por la capacidad de gasto para adquirir los bienes y servicios ofrecidos en el Mercado con ese propósito.

El consumo ha devenido el vínculo dominante de la Economía con las poblaciones. El consumo es un fenómeno cuya presencia -amplificada por sus medios de difusión- inunda la atmósfera en que se desarrolla la sociedad, particularmente en las grandes ciudades, desde las que irradia su influencia.

Hoy, el consumo es el procedimiento establecido para la satisfacción de necesidades humanas -individuales y sociales-, a través de relaciones de tipo comercial. Hablamos de consumo y hablamos de muchas cosas, posiblemente demasiadas. Hablamos de *cosas* devenidas *productos*. Cuando hablamos de consumo hablamos de bienes y servicios, tangibles e intangibles que se sustraen del circuito comercial, a través de una remuneración, para destinarlo a la satisfacción de una necesidad *establecida*.

Es precisamente en los inicios de la era industrial cuando se produce la división estructural entre la producción y el consumo, la que a su vez establece una división, tanto hacia el interior de las sociedades como en el marco mundial de la división internacional del trabajo, entre productores y consumidores.

La dinámica de la producción de bienes y servicios -donde el trabajo humano cede participación frente al avance de la automatización- ha generado una nueva identidad: **el consumidor**<sup>2</sup>. Es una identidad que -como ciudadanos- en principio puede llamarnos la atención si no estamos familiarizados con ella.

En la trastienda de un siglo que se caracterizó por las convulsiones sociales y las guerras coloniales se iba cobrando densidad aceleradamente un personaje que venía a reemplazar al ciudadano político definido por su vínculo básico con el Estado. Pero se trata, más allá de su carácter mayoritario en términos de proporción, de la parte más vulnerable en la relación de consumo. Una

2. N.E: El subrayado es nuestro.

identidad *lista para usar*, una *función* en la dinámica económica, un *papel* -en el sentido teatral- un rol. Una identidad que terminaría siendo funcional a la estructura transnacional de producción y comercialización en su objetivo central de incorporación de sus productos comerciales en el sistema de satisfacción de necesidades a través de relaciones de consumo. Una estructura que, en el esquema del capitalismo de mercado, adquirió la fisonomía del expansionismo imperial político europeo, con lo que pasó a definirse por un espíritu depredador y de conquista, -que se tradujo en una verdadera explotación ejercida tanto sobre los recursos naturales como sobre lo que cierta ideología empresarial denomina *recursos humanos*- inspirado por la maximización de las ganancias que da por resultado la prevalencia del afán desmedido de lucro.

Porque la continua contaminación del aire, la creciente escasez de agua potable, la superproducción de basura que abrumba a las ciudades y sus alrededores, la deforestación masiva con sus consiguientes desórdenes climáticos, son apenas algunas de las consecuencias indeseables de la expansión de una manera de entender el progreso.

Como una respuesta a los altísimos costos ambientales que se hicieron ostensibles como consecuencia del auge extensivo e intensivo del sistema industrial, la ecología ha cobrado una importancia cada vez mayor en la opinión pública internacional de treinta años a esta parte, lo que se corporizó en la formación de innumerables organizaciones no gubernamentales que le brindaron permanencia en el tiempo.

Asimismo, muchos partidos políticos han incorporado la problemática ambiental a sus plataformas electorales, incluso surgieron partidos *verdes* cuya influencia no ha sido, sin embargo, toda la deseable.

Por otra parte, se incorporó como problemática a los nuevos textos constitucionales, se generaron espacios de incumbencia específica en el ámbito estatal y hasta se ha legislado en forma abundante al respecto. Pero si hablamos de la relación existente entre el aspecto ambiental y la política, también estamos hablando de una de las tantas expresiones de la dificultad colectiva para articular la construcción del bien común, frente a la fuerza fragmentadora que opera la economía -elevada al rango de única verdad universal- sobre las sociedades humanas en las que establece los parámetros y el orden real vigente.

Más recientemente se comienza a hablar con mayor insistencia acerca de la sustentabilidad partiendo de la observación de sentido común según la cual no tenemos un mundo para destruir y otro para habitar. Al punto que, desde hace ya tiempo, se vislumbra un panorama nefasto para las generaciones futuras, a esta altura no tan futuras, si la tendencia dominante no se logra revertir.

Esta sustentabilidad debe ser tanto intergeneracional -cuidar el ambiente para las generaciones venideras- como intrageneracional, porque el deterioro ambiental suele recaer con mayor intensidad sobre aquellos integrantes de la sociedad que tienen menos oportunidades.

Desde este punto de vista, la sustentabilidad puede definirse como el equilibrio y la complementación entre lo económico, lo político y lo social, en un contexto de cuidado del espacio físico común donde tiene lugar la vida de las poblaciones humanas. Para que un modelo sea sustentable debe garantizar que ninguno de esos factores se imponga en perjuicio de los restantes y de la calidad de vida del conjunto.

En este marco, el **desarrollo local**<sup>3</sup> es la base de toda sociedad sustentable, en la medida que se traduce en desarrollo a escala humana y da respuestas a necesidades comunitarias reales, en primer lugar, la de vivir en un ambiente que pueda ser habitado.

En el ámbito local es donde se debe hacer posible la mayor complementación entre la sociedad, su representación política y la dinámica económica, para garantizar reglas de juego equitativas y que no pongan en juego su existencia misma.

Porque el ámbito local es el espacio donde el impacto ambiental se hace evidente y se pone a prueba la sustentabilidad del modelo vigente en una sociedad, cuya organización en el nivel de la comunidad es la base para garantizar un desarrollo centrado en la justicia social y el mejoramiento de las instituciones democráticas.

### **Participación Social, Ciudadanía y Sustentabilidad**

Para alcanzar este horizonte debemos trascender el estrecho umbral individual de la ley de la selva y el *sálvese quien pueda*, para encontrar nuevas expresiones colectivas, sin

3 N.E. El subrayado es nuestro.

perder de vista que los verdaderos sujetos de esta reconstrucción somos personas de carne y hueso, cuya complejidad no se expresa acabadamente en la imagen sumaria que nos devuelven las estadísticas. Porque la integración fundamental -primaria- es la que debe consolidarse hacia el interior de nuestros países, partiendo del ámbito local para reconstituir el tejido social que es el requisito básico para un desarrollo equitativo y sustentable. Porque sólo una sociedad cohesionada solidariamente puede ejercer el poder necesario para reinventar el bien común y mejorar la casa de todos con la acción decidida de las mayorías.

La conciencia de la necesidad del cuidado ambiental se ha difundido como consecuencia que el daño provocado al lugar donde vivimos se hace cada vez más evidente, lo mismo que sus consecuencias para el deterioro de la calidad de vida en el planeta. Pero para generar resultados efectivos no alcanza con acciones esporádicas al respecto. Sino más bien, se hacen necesarias decisiones colectivas integradas sólidamente por la mayor cantidad posible de voluntades y conductas individuales en el mismo sentido.

Es por eso que, ahora más que nunca, la transformación necesaria pasa ineludiblemente por un cambio de conciencia y de actitud frente a los problemas del conjunto social, a los que se les puede hallar solución sólo a partir de la participación real de cada uno de los ciudadanos. Así, resulta ineludible un abordaje plural, intersectorial y transdisciplinario, para construir una red social que exprese la complejidad de criterios que caracteriza a la sociedad civil y a la iniciativa social organizada.

Posiblemente no alcance con incorporar la *ecología* como una materia más a la agenda de lo *políticamente correcto*. La conciencia ambiental debe incorporarse transversalmente a todos los aspectos de la acción política, porque se trata de una cuestión fundamental que determina la sustentabilidad en el tiempo de cualquier proyecto de transformación a implementar. Esto hará preciso un mayor protagonismo colectivo sobre el eje de los ciudadanos libremente organizados en lo que se conoce como sociedad civil, como fuente de valores compartidos y campo para la interacción complementaria de las diferencias.

En un mundo regido por la economía, sin embargo, puede transformarse a la figura del consumidor en un canal efectivo para la paulatina recuperación de una ciudadanía más plena. Cuando la economía de los capitales se transnacionaliza, a los países les queda el único potencial de la gente que vive dentro de los límites de su geografía.

A lo largo del siglo XX el sistema de producción y comercialización ha operado sobre las poblaciones para convertir a sus integrantes en consumidores, más allá de toda pertenencia social o política, dentro de una taxonomía de los estilos. Hoy todos somos considerados consumidores, y medidos en cuanto tales. Hacia nosotros se dirigen continuamente todo tipo de invitaciones a consumir. Hoy, el consumo es la variable que establece la incorporación o la exclusión social de los individuos.

La figura del consumidor se fue materializando como la identidad de los individuos en el contexto de las poblaciones entendidas

como mercados. El consumidor es en la actualidad el aspecto más relevante de las economías familiares, donde el individuo es considerado por lo que gasta, más que por lo que produce. Frente a esto se hace necesario tomar conciencia de la incidencia que ejerce este fenómeno en nuestras vidas, sin que esto signifique asumir la identidad que se nos pretende imponer. Podemos ser consumidores en cualquiera de sus variantes, incluso de manera simultánea, como se ha dicho: clientes, usuarios, abonados, suscriptores, etc.

De hecho suele hablarse de los consumidores y usuarios, quienes tienen en común su pertenencia al mercado desde el lugar más vulnerable de la relación de consumo -lo que le confiere una variable *incertidumbre*-, pese a que difieran muchas de las características de esas mismas relaciones.

Un nuevo tipo de ciudadanía se ha instalado entre nosotros.

En un mundo regido por la economía, el consumidor se nos presenta como el ciudadano del siglo XXI. La ciudadanía económica emergente reduce lo relevante al estricto ámbito de lo cuantificable, lo que puede reducirse a cifras, porcentajes, estadísticas, tasas, índices. La afirmación, muy de moda en nuestros días, de que *todos somos consumidores*, en realidad enmascara tanto como dice. Lo mismo sucede con los sucedáneos teóricos en los que se despliega el *concepto* de consumidor. Porque esta afirmación absoluta no define su contexto y por lo tanto lo universaliza: dice *todos somos consumidores* siempre, en cualquier contexto, cuando la realidad es que si lo

somos es fundamentalmente en el marco conceptual de la economía -como fuente de legitimación que ejerce el principio de autoridad- y en el marco fáctico de la dinámica económica. Es decir: somos consumidores *sólo en el marco de las reglas de juego establecidos por el Mercado*.

Pero no sólo somos consumidores.

De un tiempo a esta parte nos vienen acosando a oír hablar de los *consumidores* como si fuera una suerte de novedosa clase de individuos, de la que se habla genéricamente, pero que paradójicamente es lo más parecido al ciudadano común. Para ciertos autores, es la incorporación de los *consumidores* a los más recientes textos constitucionales los asimilaría a la condición de *ciudadanos*. Porque los individuos no tienen derechos por el hecho de ser meros consumidores. Porque la relación de consumo no reconoce más derechos que los que establece explícitamente hacia el interior de su dinámica. Tienen derechos por su carácter de ciudadanos, representados institucionalmente por un Estado. Representados de quienes proviene la legitimidad del Estado y a quienes en el mismo movimiento, reconoce el carácter de ciudadanos. Porque es el Estado -como garante de las relaciones de consumo que comprende la ley - el único que tiene la legitimidad de árbitro en cuanto responsable de un funcionamiento equitativo de la economía en el ámbito establecido por sus límites geográficos.

Es necesario encontrar sujetos colectivos que abarquen una proporción importante

de ciudadanos, para ejercer de manera más efectiva la representación de nuestra ciudadanía económica, generando una forma más abierta de participación democrática. Sabemos que la participación -para ser efectiva- debe formular el marco organizativo necesario para concretar los objetivos que se pretenden alcanzar. Centrando el debate en lo que podemos hacer de ahora en adelante para tener una mejor

calidad de vida, incluyendo una efectiva seguridad en la defensa de nuestros derechos.

Esto puede ser más factible en la medida que no reduzcamos nuestra perspectiva a la condición de consumidores y usuarios, sino que más bien la trascienda activa, masiva y decididamente a partir de la iniciativa social y el compromiso ciudadano.